

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 20 DE MARZO DE 1921

NUM. 19.384

— SEVILLA EN PRIMAVERA —



POR ALEGRÍAS, DIBUJO DE GUSTAVO BACARISAS

Ayuntamiento de Madrid



Semana Santa en Sevilla



VIRGEN DE LA ESPERANZA.—TRIANA



CRISTO DEL AMOR.—I. DE SANTA CATALINA



VIRGEN DEL VALLE.—IGLESIA DEL SANTO ANGEL

SEMANA Santa y Sevilla. La gran conmemoración queda asociada en el recuerdo al nombre de la gran ciudad andaluza.

La muerte de Jesús, su pasión dramática, resistiendo a todas las interpretaciones y a todas las críticas, sigue siendo el más culminante suceso de la historia espiritual del mundo. Como Andalucía, como Sevilla, la más representativa ciudad de Andalucía, ha interpretado la lejana tragedia; he aquí un curioso tema que, al estudiarlo, puede dar la clave de desapercibidos, altísimos y finos valores espirituales del pueblo andaluz.

La Semana Santa sevillana es única, inconfundible. No es dramática procesión de Cristos torturados, contraídos por el bárbaro dolor físico de la crucifixión, ni apenador desfile de angustiadas Vírgenes dolorosas.

El Mediodía ha sabido respetar los augustos dolores de la Pasión de Cristo, pero de ellos ha hecho una solemnidad, embellecida por su artística interpretación.

En la Semana Santa de Sevilla se revela un pueblo artista y sensible. Las cofradías son obra del pueblo; tienen su calor, su magnificencia y su gracia, en su expresión más pura.

En estos días la ciudad es un inmenso templo con una especial liturgia: la liturgia sonora de la calle, que tiene por canon lo espontáneo.

Los CRISTOS: *El del Gran Poder*.—Jesús camina por su vía dolorosa, bajo las estrellas del Viernes Santo. La ciudad, conmovida, siente el dolor de Jesús. En la escultura, resignación, humildad; la cruz, sobre los hombros; las manos dulcemente posadas sobre el madero; los ojos—divinos ojos nazarenos del Señor del Gran

Poder—dejan caer sobre la tierra su dulce y triste mirada; entreabiertos los labios, parece que dejan escapar el aliento jadeante de la excelsa víctima, que un momento ha parado en su camino para reanudarlo en seguida, mientras sus manos acarician la cruz.

En los crucifijos dejaron clavado los imagineros sevillanos todo el dolor humano, hecho divino en Jesucristo.

La Expiración, El Amor.—En los labios del Cristo de la Expiración de Triana parece que vibra un grito de agonía que ha de «romper en dos, de alto a bajo» el velo del templo. En el pecho del prodigioso Cristo del Amor, de Santa Catalina, parece que pueden cobijarse todas las penas del mundo.

LAS VIRGENES: *La del Valle, la de San Gil, la de San Jacinto*.—Un deslumbramiento de piedras preciosas, de oro, de plata, de terciopelo y de luz. Los palios, los mantos, de suntuosidad increíble. Los barrios exhiben su tesoro, y cuesta trabajo distinguir las lágrimas de la Virgen macarena bajo los destellos de la corona deslumbrante.

La Semana Santa sevillana es fiesta solemne y sonora. Nada de triste y sombría evocación, nada de milagrería en Cristos y Vírgenes. El claro espíritu de Andalucía ha hecho de la Semana Santa algo original y extraordinario.

Salmo del pueblo es la «saeta» y alma de la ciudad, la cofradía; la cofradía, orgullo de gremio y de barrio, que, apoderándose de la remota tragedia, la interpretó a su modo, cambiando el ascetismo penitente en mística exaltación fer vorosa, bañando con luz del Mediodía el drama sombrío de la Pasión de Cristo.

M. SANCHEZ DEL ARCO



CRISTO DE LA EXPIRACIÓN.—TRIANA



VIRGEN DE LA ESPERANZA.—MACARENA



EL SEÑOR DEL GRAN PODER.—I. DE S. LORENZO

TODO EN SEVILLA ES TEMPLO

Yo, enamorado de Castilla, la tierra de los reyes fundadores, yo, soñador incorregible en las calles de Salamanca y de Toledo, perseguidor de antiguas sombras en Avila del Rey, en Burgos del Cid, en Santillana de la Mar, he llorado allí muchas veces, como se llora ante los sepulcros la muerte irremediable de la grandeza de Castilla, y he creído que toda nuestra Patria insigne era un viejo y solitario y mudo panteón, como el sombrío panteón de la Colegiata legionense, donde las tumbas, profanadas y abiertas, no guardan ya ni las cenizas de aquellos Reyes, padres augustos de la nación española. Mas, llegado a Sevilla, con la profunda melancolía que en mi alma puso el grave silencio de esas ciudades muertas, entréme de golpe por las puertas del corazón todo el alegre tumulto de la vida sevillana, la perenne y graciosa juventud de esta ciudad, que es siempre nueva sin dejar de ser antigua; que sabe vivir soñando, sufrir riendo y trabajar cantando; que adora sus tradiciones sin renunciar por ellas al progreso; que infunde en las cosas pasadas el ardor de lo presente y el afán del porvenir... Ciudad de vida y de arte, de trabajo y de ocio, de pensamiento y de gracia, taller y taller, corona secular puesta en las sienes de una princesa núbil.

¡Con qué entrañable convicción se siente aquí en la metrópoli hispalense la conciencia religiosa de España! Toda Sevilla es templo, toda es sagrario de la raza y la fe... Aquí, donde brilla, con resplandores universales, la augusta pompa, el derroche estético, la piedad ardiente de las insignes procesiones de la Semana Mayor; donde el arte cristiano pregonaba con extremadas opulencias la gloria de alarifes y escultores, de poetas, pintores y plateros; donde la oración, hecha encendida *saeta* en las entrañas del sentimiento popular, rompe en gorjeos y sollozos, sube hasta Dios y le hiere con amorosas y dulcísimas heridas; ¡todo canta en Sevilla, todo confirma la profesión cristiana de la nación española! ¿Qué más? ¡Si al trocar esta tierra las infulas gentiles por las mitras pastorales apedillóse, por antonamasia, la tierra de María Santísima!

Ricardo LEON

LA PROCESIÓN EN LA PLAZA LEJANA



Al entrar en esta ideal plaza de San Román, llena de alegre gente, la noche del Martes Santo, nuestro espíritu se ha hecho niño de repente. El paraje se nos aparece blanco, azul y rosa, como en sueño de juventud. Se diría que todo está dentro de un farol.

La luna, casi llena, vaga en el cielo transparente como un cisne por un lago. La línea de casas de la plaza y de las calles afluentes se pliega con gracia en planos claros, en donde, de vez en cuando, pone su nota oscura la redonda copa de un naranjo. La fachada de la antigua iglesia muestra en su grandeza muléjar la alegría de su torre barroca; la claridad lunar le da de frente; pero allí no puede luchar el velo azul con el tono dorado de las piedras que el sol calcinó. En el cielo brilla una gran estrella roja, cercana de otras más pequeñas, de color verde.

¿Por qué nos encontramos en esta plaza lejana y para ver una cofradía de la que nadie nos ha hablado? Sin duda, como la mayor parte de los que hay allí congregados, hemos sido advertidos por nuestro instinto de buscadores de emociones: este pensamiento nos da la tranquilidad de hallarnos en un país de amigos. Al paso por la plaza sorprendemos frases que nos dan a conocer a nuestro público. Hay allí viajeros de espíritu delicado, que se extasían ante los blancos de luna; también hay allí en compañía de artistas sevillanos, otros artistas de apartadas tierras, que llegaron a Sevilla atraídos por su fama, y que acaso ya no podrán nunca desprenderse de un suelo que les ofrece todas las flores del arte y todas las espinas de la incompreensión.

Los chicos del barrio juegan como si la plaza estuviera vacía, y sus finas voces añaden al conjunto un alegre gorgear de gorriónes. Hay mujeres del pueblo y de los pueblos cercanos, bellos tipos de mujer, en donde se conserva lo mejor de la raza. Y hay muchas gentes para quienes la vida es una especie de trabajo forzado y que gustosas renuncian a unas horas de sueño para concedérselas al ideal. Nos llama la atención un grupo de costaleros (cargadores que llevan los «pa-

sos» de las Cofradías), que, apenas terminada la ruda tarea en otras procesiones, y aun con el saco a la cabeza, que les hace parecer egipcios, vienen a respirar un rato libremente, quizá a esperar a los compañeros que pronto han de terminar, para beberse juntos unas copas; y por todas partes cantadores de saetas, rodeados de un grupo de admiradores que los jalean y animan, con la esperanza de que su ídolo hará callar a todos los demás, clavando la saeta más alta, la más tembladora. Allí se ven

nazarenos, reservados del aire, empiezan a teñir de rojo paredes y balcones... Ya se acerca el «paso» del Señor: distinguimos la figura de Cristo, envuelto en obscura túnica; la sombra de su delgada silueta va tras él, alargándose sobre los muros; cuatro ángeles niños le acompañan, alumbrándole con faroles de plata. Es tan bello el grupo y tan patético, que nos sentimos atraídos por él y le seguimos, como seguiríamos a un condenado a quien llevaran a ajusticiar; una protesta empieza a levantarse en nuestras



también muchas parejas de enamorados que secretean gozosos, y muchos aficionados tradicionales a las Cofradías, que en Sevilla llaman *Capillitas*; éstos suelen colocarse en los sitios donde una farola del alumbrado, colocada en un saliente de las irregulares calles, obligará al capataz a hacer prodigios de habilidad para meter el «paso» sin rozarlo. Por todas partes se respira ese sentimiento sutil, que es arte y es primavera.

De pronto, el aire leve de la noche, purificado por la reciente lluvia, nos trae el alegre vibrar de unas cornetas, y una ráfaga de emoción sacude la plaza entera; los más impacientes corremos al lugar por donde la cofradía suena; en los pies y en el corazón nos han nacido alas. Salimos por la calle del Sol y llegamos a la plaza de la Trinidad. Allí, la brisa no permite dar luz a los cirios de la cofradía. La negra cruz, rodeada de un grupo de nazarenos, se destaca con fuerza sobre los azulados muros, y finje el perfil de una catedral. Entra la cruz por la calle del Sol, y entonces los cirios de los

entrañas. De pronto, ocurre algo inesperado: el «paso» del Señor abandona la cofradía y, aligerando la marcha, se adelanta solo y en silencio por la obscura plaza; ya no le acompañan sino los cuatro ángeles de las divinas caras llorosas... ¿Quién ha dado aquella extraña orden? Sentimos el calofrío de lo sobrenatural. Acaso, pensamos, el propio reo quiere visitar por última vez un lugar amado; y le seguimos con el deseo, ya bien definido, de ayudarle a evadirse: le tomaremos de la mano, y, con los cuatro niños, nos lo llevaremos a una tierra donde los hombres sean mejores. En la dulce empresa estamos decididos a arriesgar la propia vida...

Por palabras sueltas que oímos en el respetuoso grupo que le sigue, nos enteramos del misterio:

Esta cofradía hace cerca de dos siglos que no hace estación. Próximo hay un convento de monjas, en donde se han custodiado con amor, durante la larga espera, las sagradas imágenes, y los «pasos» van a que los vean sus fieles guar-

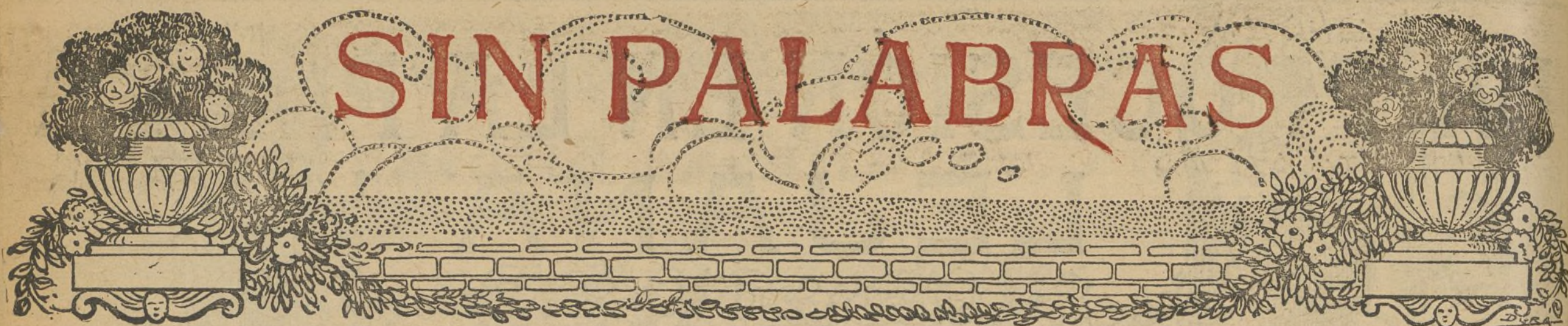
dadoras; el humilde Nazareno se ha parado ante un zaguán en sombras, y allí vemos un grupo de niñas arrodilladas, vestidas con claros uniformes, que reciben en sus redondas y risueñas caras las luces del «paso»; el blanco de la luna también se mete en el zaguán y lo llena de una luz uniforme y celeste; nuestros ávidos ojos ven el cuadro, que nos trae a la memoria un lienzo de Juan de la Cruz Pantoja; por detrás de las niñas se ven las graves figuras de las monjas; en lo alto del grupo, y cortando el oscuro de una puerta, hay una monja bella, cuyo manto blanco, extendido, cae por los lados, cobijando el grupo; en el fondo, y aun más alto, se vislumbra un escudo. Imposible soñar una composición más idealmente humana: nuestros ojos van del grupo al «paso»; a nuestro oído llegan, susurrantes, unas palabras de esas que sólo las mujeres andaluzas saben decir, ante el dolor de los niños; nos enteramos de que estas muchachitas tan alegres no tienen más padres que aquellas monjitas, a las que seguirán por los patios y galerías del convento como siguen al Cristo los ángeles que le rodean...

Se va el Cristo y llega el «paso» de la Virgen, que aun se acerca más. También viste de blanco y negro, y va tan sencilla que también parece una monja; las madres rezan conmovidas; aletean sus negras pestañas; las niñas dan unos vivas discretos; adivinamos las palabras: *Humildad, Dulce Nombre*. El momento es de emoción callada: no se ha oído ni una saeta, pero tenían una divina música las palabras de piedad dirigidas a las huérfanas; la Virgen sonríe entre lágrimas, y, al fin, se marcha también. La luna se queda dueña del paisaje, que ahora es todo azul, todo alma.

Aun nos estamos un momento en la plaza. Hasta nosotros llega un grato olor del cercano huerto de las monjas. Huele a yerba lusa, a mejorana y a romero. Y también nos parece percibir el perfume del azahar.

Juan HISPALENSE

Dibujo de SANTIAGO MARTÍNEZ.



PRENDIÓ el amor entre Merceditas y Antonio con la fuerza de una semilla que lleva un día el viento, por azar, a una tierra fecunda. Creció la flor, porque era natural que creciera, espontánea y graciosamente.

Pero a la madre de Merceditas, la morenita gala de su barrio, que no era otro que el de la Macarena, dijéronle unas malas lenguas, con perversa intención, que por las venas del muchacho corría sangre gitana, y ello bastó para que desde aquel punto y hora esorbise cuidadosamente que su hija y Antonio volvieran a verse en parte alguna, y ajenos a hablarse.

Lloró en vano la enamorada macarenita; suplicó primero y amenazó después el garboso trianero, que por lo cetrino de su color y el negro vivo de sus ojos si parecía gitano, y ella no hablaba con sus amigas sino de él, jurando y perjurando que suya sería hasta el fin del mundo, y él no tenía tampoco otra conversación con sus amigos que la de ella, a quien ponderaba y enaltecía como a la misma Virgen de los cielos.

—Gitano debe sé—decía Merceditas—, porque los gitanos tienen la fama de ladrones, y este indino me ha robao a mi er corazón, el apetito, er sueño... y ¡hasta los colores de la cara!

—Gitano o no—decía Antonio Vargas—, la sangre que yevo en las venas pa eya ha de sé tarde o temprano, y a eya na más tengo que darle cuentas.

Y así como hubo pícaras gentes que propalaron la calumniosa invención, supuesto que lo fuera, las hubo también generosas que olfatearon y siguieron los pasos de los enamorados con el afán de ayudarlos y favorecerlos.

Tal amiga o vecina le soplabla a Merceditas al oído:

—Si lo quieres vé, ahora mismito corre a la Alamea, que ayí está sentao en un puesto de agua...

Y Merceditas corría con el pensamiento, porque de otra manera no la dejaba su madre correr.

Cuál camarada le apuntaba asimismo al muchacho:

—Hase dos minutos entraba tu novia en su casa, con la madre. Me vió y me miró, como disiéndome: «Digaselo usté a Antonio.»

La casualidad, que es gran amiga del amor, disponía de cuando en cuando repentinos encuentros, más sabrosos y dulces por lo inesperados, y que a la moquita y al galán les alteraban los corazones, como pájaros que despertaban súbita-

mente a una luz que no es la del alba.

Una noche de mayo, Antonio, al doblar una esquina, vió como el rastro de una falda que entraba en una iglesia. «Ella es»—pensó—, y de una carrera llegó al templo, lleno a la sazón de fieles y de luces. Y era ella. Un cura pre-

vería el cielo si quería contentar a los dos. Acercóse Antonio cautelosamente a Merceditas, se hincó de rodillas a espaldas de ella y buscó su mano. La niña se le dejó estrechar, segura de quién la llevaba. Después se miraron sin verse. Ella imaginó que el cielo estaba de su

ron a andar por las revueltas calles del barrio. «¿A dónde irán?», se preguntó él; y las siguió a distancia, con toda el alma puesta en el gentil andar de la niña. Ella no llevaba mas que una idea en la frente: «Viene ahí.» La madre charlaba por los codos, predicaba tam-

bien; pero... ¿será irreverencia decir que hubo aquella noche para Merceditas dos sermones perdidos?

Se detuvieron un momento ante una casa, cuyo interior ardía en fiestas. Todo era en ella luz y bullicio, rumor de guitarras, de palillos, de coplas y de baile.

—¡Huy! ¡Cómo está esto!—exclamó la tirana.

Y entraron.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó Antonio a una moquita que salió a tiempo.

—Que hay un bautizo—le contestó ella.

Iluminósele la cara al muchacho, y entró también en seguida en la casa. Muy grande había de ser su desgracia o su torpeza, o ambas cosas juntas, si en tan propicia ocasión no lograba hablar con su novia siquiera dos minutos.

Pues lo fué. Y tuvo la culpa un marchoso, como no podía menos. Quería hacerse invisible Antonio en el patio, pasar inadvertido y esconderse en una habitación cualquiera, como primera posición hábil y conveniente para sus planes, cuando un señor calvo y con patillas, de ridícula panza y muy delgadas piernas, le echó la vista encima y empezó a llamarlo con tales voces y a ponderar de tal suerte lo que él se alegraba de verlo allí, que no quedó alma viviente en el patio ni en toda la casa que no se enterara de quién había llegado. Inútil es decir que las faldas de la madre y de la hija estuvieron ya como cosidas toda la noche. Antonio hubiera tenido que verse en capilla para perdonar al marchoso.

Una hora después rondaba la casa de Merceditas. En una habitación del piso más alto se veía luz. Al apagarse inopinadamente, cayó desde la ventana a la calle una flor, sin que él viera la mano que la había arrojado. No parecía sino que la flor fuera el alma de la luz misma, que cuajó en esa forma para llegar a él.

La cogió, la besó... y echó a andar calle arriba, cantando entre sí:

«¿Qué remedio habrá pa dos personas que se quieren mucho 'no se puén hablé?...»

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

Dibujo de A. DURÁ



dicaba en el púlpito con voz resonante, entre el toser de algunos, el silabear de otros que rezaban y el arrastrar de pies de los que entraban o salían.

Madre e hija, arrodilladas a pocos pasos de la pila del agua bendita, oraron un rato, sin duda pidiéndole al cielo cosas muy contrarias. En grave apuro se

parte. Se separó después Antonio para observarla desde lejos, sin temor a una sorpresa de la madre, y se recató entre las sombras de una capilla. La luz de los ojos de Merceditas llegaba hasta allí... El cura seguía dando voces.

Poco después salieron del templo hija y madre, y el muchacho tras ellas. Echa-



LA MUÑECA DE ESPERANCITA



ESPERANCITA Ruiz era una niña morena y sevillana y muy curiosa. Casi todas las niñas, cuando tienen ocho años, como Esperancita Ruiz, aunque no sean morenas ni sevillanas, son muy cu-

¿Y un costurero? ¿Y una cajita de música? ¿Y un tocadorcito? ¿Y un marinero? ¿Y un roperito? ¿Y un globo? ¿Tú crees que me comprarán un globo y todo eso?...

—Mira, niña: eso, se lo preguntas a tu papá.

—Pero si no está aquí mi papá...

—Entonces, preguntásele a la Luna.

—¿A la Luna?

—Sí: a la Luna. ¿Tú no lo sabes? Pues

sí, Esperancita; los niños, para conseguir todo lo que quieren, primero han de ser buenos; ¿sabes?, y luego deben saludar a la Luna durante siete noches, inclinando la cabeza al cantar esta copla:

Luna, lunera,
cascabelera.
Los siete perritos
a la cabecera.

—Pero siete perritos no quiero yo.

—Eso es un decir que se dice por las siete estrellas que lleva la Luna alrededor. Tú, saludala, cántale y pídele lo que quieras, y ya verás.

Esperancita alzó sus grandes ojos al cielo, y viendo que ya estaba allí la Luna, con una cara redonda y grande como la tapadera de la tinaja, y que le miraba risueña e insinuante, como diciendo: «¡Anda, pídemelo algo!», se encaró con ella, y acuciada por su enorme curiosidad, quiso saber qué sucedería, y empezó a cantar y a saludar, moviendo la cabeza como un borriquito cuando camina:

Luna, lunera...

La chacha María le dió también el tono de la cancioncilla popular andaluza, y sonrió como la Luna de ver a la niña dedicada a tan inocente ejercicio, después del cual había de dormirse sin más remedio. Y, como es natural, soñó con los juguetes que deseaba. A la séptima y última noche de lanzarle desde la azotea su canción a la Luna y de marearse haciendo reverencias, soñó que ya estaba en la feria y que todos los muñecos de todos los puestos querían irse con ella. Iba Esperancita con su globo rojo, sujeto por un hilo, como si fuese su regocijado corazóncito que se le caía fuera del cuerpo para solearse, y todos los muñecos le dijeron que lo querían; pero Esperancita no se lo quiso dar a ninguno, para no disgustar a los demás. Lo que hizo fué invitar a todos para que viniesen a jugar con ella y con el globo.

No había acabado de decirlo cuando de todos los puestos empezaron a salir

centenares de muñecos de todas clases, abandonando sus cajas de cartón, de las que saltaron con destreza. Cada uno se trajo lo que pudo: los soldados de plomo y los de pasta irrompible aportaron sus trompetas, tambores, sables, escopetas y cañoncitos; los marineros, barcos de vela y remo; las Peponas, los refrigeradores, los cubos y hasta cocinas enteras; las muñecas señoritas trajéronse costureros, mundillos, pianitos y saltadores; los Pepes vinieron con caballos de cartón y borriquillos de fieltro. Todos, todos, y cada uno con lo que era más de su agrado para entretenerse.

Y tras los muñecos salieron los juguetes mecánicos, empezando a rodar los ferrocarriles y automóviles, a moverse los trabajadores, a correr los ciclistas, a volar los aeroplanos, a saltar las ranas, a bailar las danzarinas, a batir sus alas los pájaros de hoja de lata. Todo con un ruido de ruedas y muelles que causaba verdadera risa. Esperancita salió corriendo hasta su casa, y todo aquel pintoresco mundo de juguete salió en tropel tras la niña, que para evitar el extravío de algunos remontaba como una elevada luz de guía el rojo globito, soltándole todo el hilo. ¡Lo que arrastra un simple globo tras sí cuando nos figuramos que es un corazón!

La casa de Esperancita se llenó de juguetes. No quedó rincón donde no se les tropezase a ellos o a sus mobiliarios. La chacha María se incomodó sobremanera de que hubiese tantos, y trató de echar a la calle a los más ruidosos, para que se quedasen las habitaciones más libres y tranquilas; pero la niña no lo consintió.

—No quiero, ea, que se vaya ninguno.

—Pero si no cabe mos—dijo la chacha María.

—Pues vete a la Luna—replicó Esperancita, con deliciosa ingenuidad.

La chacha María sonrió y dejó a la niña con todos sus huéspedes, cuyas vidas y hechos más notables empezó Esperancita a curiosear, prometiéndoles que al más bueno y verdadero le regalaría su globo.

Todos contaron «la mar» de embustes para demostrar que eran muy importantes, y revelando tan sólo que eran unos vanidosos. Esperancita sentíase fatigada de oír mentiras, y desesperanzada estaba de encontrar quien reuniese méritos para otorgarle el globito, cuando compareció una muñeca tan fea, que todo cuanto se diga es poco, pero simpática de veras, por el aire de humil-

dad que tenía su desmedrada personilla.

—Yo, Esperancita—dijo con voz de pito barato—, soy pobre, muy pobre, y fea, muy fea, como ves. Fíjate en mi ropa y no hallarás nada más ordinario. Mira



risas; pero ninguna como esta niña, que cierta vez, por averiguar la causa de que le brillasen en lo oscuro los ojos a su gato, Gilito, sufrió en la cara un hondo arañazo, cuya señal se le va borrando a fuerza de tantos besos como le da la gente.

Una tarde estaba en la azotea con «la chacha María», que cuidaba las macetas de claveles y rosas, y de pronto preguntó:

—¿Cuándo es la feria, chacha María?

—Ya falta poco.



—¿Pasado mañana?

—Tan pronto, no; falta casi un mes.

—Un mes, ¿es mucho?

—Un mes... es un mes. Cuenta hasta treinta, y todo eso en días.

—¿Me comprarán juguetes?

—Ya lo creo.

—¿Muchos?

—Seguro.

—¿Me comprarán una Pepona? ¿Y un Pepe? ¿Y un Chin-chin? ¿Y un Kiriki?

quiera. ¡Nadie! ¿Cómo me voy a ir yo que tu globo ha de ser para mí?

El sueño de Esperancita se interrumpió, porque la chacha María la llamó para asearla, vestirla y llevarla al colegio. Se sabe que la niña suspiró mucho todo aquel día y los siguientes, sin que nadie acertase con el motivo de aquella recóndita congoja que atormentaba su almita azul. Y también se notó que ya era menos curiosa...

Cuando llegó la feria, el papá de Esperancita la llevó una mañana a verlo todo. Lo primero que pidió fue un globo, que en el acto tuvo. Luego dieron una vuelta por donde están los espectáculos, y, aparte un gracioso mono que la hizo reír breves momentos con sus brincos, encaramado en un travesaño de la barraca, nada le interesó: todos sus sentidos estaban en los puestos de juguetes.

El padre, temeroso de que los pidiese todos o de que no le gustase ninguno y acabase el paseo por la feria con rabietas, pataleo y salida general de lágrimas, aplazaba todo lo posible el momento de poner a la criatura, con sus grandes ojos ávidos, frente al maravilloso mundo encantado de los muñecos. Pero no valieron tretas, y a las jugueterías hubo que ir más que de prisa.

Esperancita no se interesó por ninguno de los infinitos juguetes de todas clases que esperaban a los infantiles compradores. Sólo le importaban las muñecas; todas las miró detenidamente, y a fuerza de mucho buscar eligió, entre el asombro del padre y el del juguetero, la muñeca más fea y de atavío más estrafalario. ¡Había que verla!

El padre, extrañado sobremanera de la rara elección, se consideró en el deber de pedir una explicación cariñosa a Esperancita:

—¿Y por qué compras esta muñeca tan feísima?

—Papaíto—dijo la niña—, porque nadie la quiere y yo la quiero. ¡Ea!

El papá estuvo a punto de llorar, y el juguetero aseguró que en su vida había visto cosa semejante.

Esperancita llevó contentísima en su candoroso regazo, con instintiva ternura maternal, a la muñequita fea, besándola mil veces por el camino. Cuando llegó a casa la subió a la azotea, la sentó junto a un rosal, la regaló el globo, amarrándole a una de las toscas manecitas para que no se le escapase; y así estuvieron las dos, jugando y queriéndose mucho todo el día y toda la tarde, hasta muy tarde.

Hasta que salió la Luna... lunera.

José ANDRÉS VAZQUEZ

Dibujos de JUAN LAPITA.

EL SEVILLANISMO DE MURILLO

De sobra tiene conquistada Murillo la fama de gran pintor. Harto rebajada durante el siglo XIX, de algún tiempo acá, y ello merced a la crítica comprensiva de Carlos Justi, ha comenzado la rehabilitación de aquel artista; hablar hoy mal de Murillo, o menospreciar las dotes que poseyó, vale tanto como incurrir en el más craso de los errores. A tamaña injusticia ha contribuido en parte el venir considerándole al través de la producción velazqueña. No a título de segundón o de heredero, sino en virtud de su genio creador hay que verle, y así, no de otra suerte, debemos aceptar su obra.

Fue Murillo un sevillano neto, que jamás se desprendió de las cualidades nativas. Escribe Ceán Bermúdez que su amabilidad «convenía perfectamente con la dulzura y estilo de sus pinturas»; nada, en efecto, más cierto. Si Sevilla le dió el sér, él vivió consagrado a ensalzar el de su sevillano en cada uno de sus cuadros.

El hombre que trabajaba para atender a las demandas del mercado y para satisfacer los gustos de su abundante clientela, interpretando los asuntos religiosos, nunca dejó de pensar en la ciudad del Betis y de aludirla por medio de las figuras que el ambiente le ofrecía. En cada personaje, aun en los disfrazados para divinas o para santas representaciones,



PEQUEÑO POEMA DE ANTAÑO

A UNA BOLERA
DE LA FERIA SEVILLANA

— MOTIVO LÍRICO DE E. DUJARDIN —

Dulce flor andaluza, suave encanto español,
el oscuro bolero corona su hermosura
y en su linda tez mate y su figura
palpita de Sevilla todo el ritmo y el sol.

Oscurece sus párpados leve sombra de kohl
y su mirada, negra mirada que al mismo tiempo mira y conjura,
es luz del cielo, que a la viajera rubia falange vuelve perjura...
¡Oh, su fino y divino maligno aire español!

Noche y aurora
que al dar la muerte la vida implora,
odio y ternura, frívola flor,
ella es la nueva canción triunfal
que devuelve al antiguo engaño del amor
toda su gracia primordial.

Miguel ROMERO MARTINEZ

Orla de J. PINELO YANES.

hallamos el acento inconfundible de Sevilla; ese acento dulce, de suavidad insinuante, de gracia fina y amable, bondadosa y delicada, blanda y optimista, que desconoce la trágica violencia de un Valdés Leal, el autor de los macabros simulacros o postimerías de la carne corrupta y hedionda. Ante el espectáculo del dolor, su pincel piadoso dijérase que procedió aplicando un bálsamo confortativo y salutar. La pústula de la tiña, que encontrara solícita curación en las amorosas manos de la abnegada Isabel de Hungría, no enturbia el gesto digno y hasta alegre del llagado; cara a cara con la miseria, Murillo sabrá atenuar la repugnancia que a los ojos vulgares inspira, sin abdicar de un realismo fuerte y caracterizador; una sonrisa o un mohín picaresco le servirán, para el caso, a maravilla.

Es menester trasladarse con la imaginación a los días en que la devoción popular andaluza, pedalea, de acuerdo con la sensibilidad entonces a la moda, que tratase cualquier escena basada en un tema del Antiguo o del Nuevo Testamento a lo humano, y, dentro de lo humano, a lo sevillano. Ejemplos donde resplandecen las delicias tranquilas y envidiables del hogar provinciano son, en tal respec-

to, la Virgen y San José con el Niño Jesús: la familia llamada del *Pajarito*. En este cuadro, de interior, todo es sencillo y respira ingenuidad: la madre, junto a la devanadera, contemplando al tierno infante, que atrae, jilguero en mano, la atención del retozón falderillo, mientras, embebecido, los contempla el Patriarca, después de haber abandonado la tarea de carpintero; ningún atributo denuncia lo sobrenatural; más que a la Sagrada Familia, sorprendemos aquí a pacíficos artesanos que se solazan ajenos al tráfico de la populosa urbe.

Lejos estamos de emplear el equivoco término de idealismo, refiriéndonos a una modalidad que advertimos en el maestro sevillano. Para nosotros, el idealista y el místico de la pintura religiosa lo es el Greco; la fantasía de Murillo no gana las celestes regiones; precisamente su fuerza estriba en no haber perdido el contacto con la tierra que pisaba y en haber hecho de su arte un fiel espejo de realidades tangibles, observadas y anotadas con rara complacencia. Sus más altas visiones admiten los convencionalismos del género; pero el concepto trascendental, ni superior ni inferior al de otros pintores católicos, no desvirtúa el encanto de

lo que los ojos, abiertos y educados, perciben, hora tras hora, frente al cotidiano vivir de las gentes. «Lo maravilloso ha sido narrado por él, de manera tan familiar—apunta Justi—y con tanta candidez, que se despoja de su condición fantástica, y el incrédulo mismo amará sus cuadros, porque descubrirá en ellos símbolos de ideas puramente humanas.»

Examinadas una a una las individualizaciones de Murillo, sorprende la cantidad de sevillanismo que proyectó sobre sus telas con líneas y colores. La infancia—el Niño Dios—, de faz a veces burlesca e ingeniosa, o los muchachos del arroyo, con la expresión picaresca a flor de labio; la juventud—muchachos cuyo garbo o donaire no se disimula bajo las barrocas vestiduras de virgen o el tradicional atavío bíblico—y la edad madura, macareños de ademanes nobles y elocuentes, cual cumple al papel de pontífices, obispos, frailes o eclesiásticos, que hubo de confiarles el propio Murillo, nos colmarán las medidas.

El ambiente de Sevilla que más sedujo a Murillo no es el luminoso y bullanguero. La Andalucía de pandereta, aportación romántica, dista de esta otra grave, y, sin embargo, gentil, de media sombra o de claridad discreta, que rechaza las vociferaciones y las declamaciones.

Hay un color local en las almas de los personajes retratados por nuestro pintor lo denuncian, con rasgos inequívocos. Y ese color local en que la psiquis popular se transparenta, lo analizó Murillo de manera penetrante y atinó a destacarlo, dentro de las costumbres y del momento histórico que a Bartolomé Esteban obligaban.

Enemigo de extremosas ostentaciones, supo cercenar cualquier propensión al desenfreno barroquista.

En cuanto al pintor, las inflexiones de su lenguaje plástico no pueden ser de otra más sevillana. La gracia amena, despierta y sonriente, el polo opuesto de la chocarrería, fluye de las creaciones murillescas; el alma andaluza, limpia, clásica por los matices helénicos, exigía el temple de un Murillo. Por eso fue Murillo su más acabado definidor.

Angel VEGUE Y GOLDONI

LA CORTE DE LA GIRALDA

EN vez de la montaña y del mar, que el poeta Juan Maragall exaltaba como categorías de la ciudad, Sevilla tiene una torre y un río: la Giralda y el Guadalquivir. No son la montaña y el mar; pero hacen sus veces; son como sus índices—discretas alusiones, sugestiones tácticas. El uno va al mar; la otra, al cielo.

Según las ingenuas *Etimologías* de San Isidoro, Hispalis fué fundada no a orillas, sino sobre las aguas del río. Y toda la vida de Sevilla está compendiada, estilizada, en su torre: alminar, campanario, *giralddillo*.

La Giralda ha sido edificación de varias generaciones; pero su salvación se debe al Rey Sabio y Poeta—por esto, si no lo fuera por otros títulos—. Y su historia podría considerarse como una paráfrasis, parábola de la Giralda. Habría de ser una paráfrasis de la leyenda de las campanas—*laudo Deum, populum voco, festa decoro*—y del proverbio que es su emblema epigráfico—*turris fortissima nomen Hispalis*. Así, la Giralda no es ya la creación, sino, además, la representación y la recreación de la ciudad. Así la ha contemplado «Xenitus» en su *Epigrama de la Giralda*.

La Giralda ha infundido en nosotros el sentido y el sentimiento de la eleva-

ción, el gusto por la altura; nos ha enseñado a mirar al cielo.

Y ahora que apenas si se puede divagar por las vías de la ciudad, porque Sevilla, desvelada y como transportada por el espejismo de la proyectada Exposición, se halla en trance de transformarse, la Giralda nos invita a divagar por el cielo.

En el cielo se yerguen las torres que son el cortejo de la Giralda, y con ellas hilos de nuestra historia, antenas de nuestra vida y de los tópicos típicos que aún permanecen en pie... Torreones de las murallas y del Alcázar, del Abdelaziz y de la Plata; Torre del Oro y de Don Fadrique... Alminares de San Marcos, de Santa Catalina, de Omnium Sancto-

rum, de Santa Marina... Torres de Santa Lucía, de San Pedro, de San Román... Campanarios barrocos...

Y también las espadañas.

Propiamente, las espadañas no forman en el cortejo: son la corte graciosa; no se yerguen, no se alzan a través del cielo; lo transparentan; es el cielo el que a través de ellas llega a nosotros. Nada más lejos de los torreones, de las atalayas, de los alminares... Son un puro pretexto par que posen y repiquen las campanas y las veletas giren. Y, sin embargo, a medida que nos alejamos de la ciudad, nos imaginamos que también la Giralda es una espadaña.

Las espadañas introducen en el panorama urbano la visión de un paisaje

campesino. Ya el título tiene un hondo sabor campestre. Espadañas de la campiña... Y, no obstante, acaso no haya en toda Sevilla arquitectura estilizada con tanta civilidad, hecha arte con tan fino y primoroso decoro, llena de tanta gracia ciudadana como la de las espadañas.

Decía el inolvidable Mas y Prat, en *La tierra de María Santísima*:

«Cuando recorremos las poblaciones andaluzas, solicitan siempre nuestra atención las flecha, veletas, agujas y espadañas que decoran de pintoresca manera sus términos y dan a sus perspectivas ese extraño tono de los paisajes japoneses, en los que tanto abundan las torrecillas puntiagudas, alzadas sobre hojarascas, vivas y lujuriosas flores.»

Mas las espadañas de Sevilla no la asemejan a ningún país, no le dan apariencia exótica. Las espadañas hacen que Sevilla sea como es. Ningún remate tan característico.

Espadañas de Santa Paula y de la Cañal, de Santa Isabel y Santa Clara, de Santa María la Blanca y de Santa Cruz, de San Pablo y de la Universidad... La misma portada de San Telmo, ¿qué es, sino una espadaña?

Espadañas ribereñas... Las espadañas nos recuerdan las riberas. Y la mente gira hacia la otra categoría que el poeta postulaba para toda ciudad. He aquí que el *Giraldillo* mira hacia el Guadalquivir.

José María IZQUIERDO

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista parcial de la biblioteca del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado.—Braserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.—Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

GRANDES ALMACENES DE
TEJIDOS Y NOVEDADES:

LA EXPOSICION

SAMPEDRO (S. en C.)

SAN ACASIO, 12
O'DONNELL, 7

SEVILLA

PRECIOS BARATÍSIMOS

EUREKA!!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

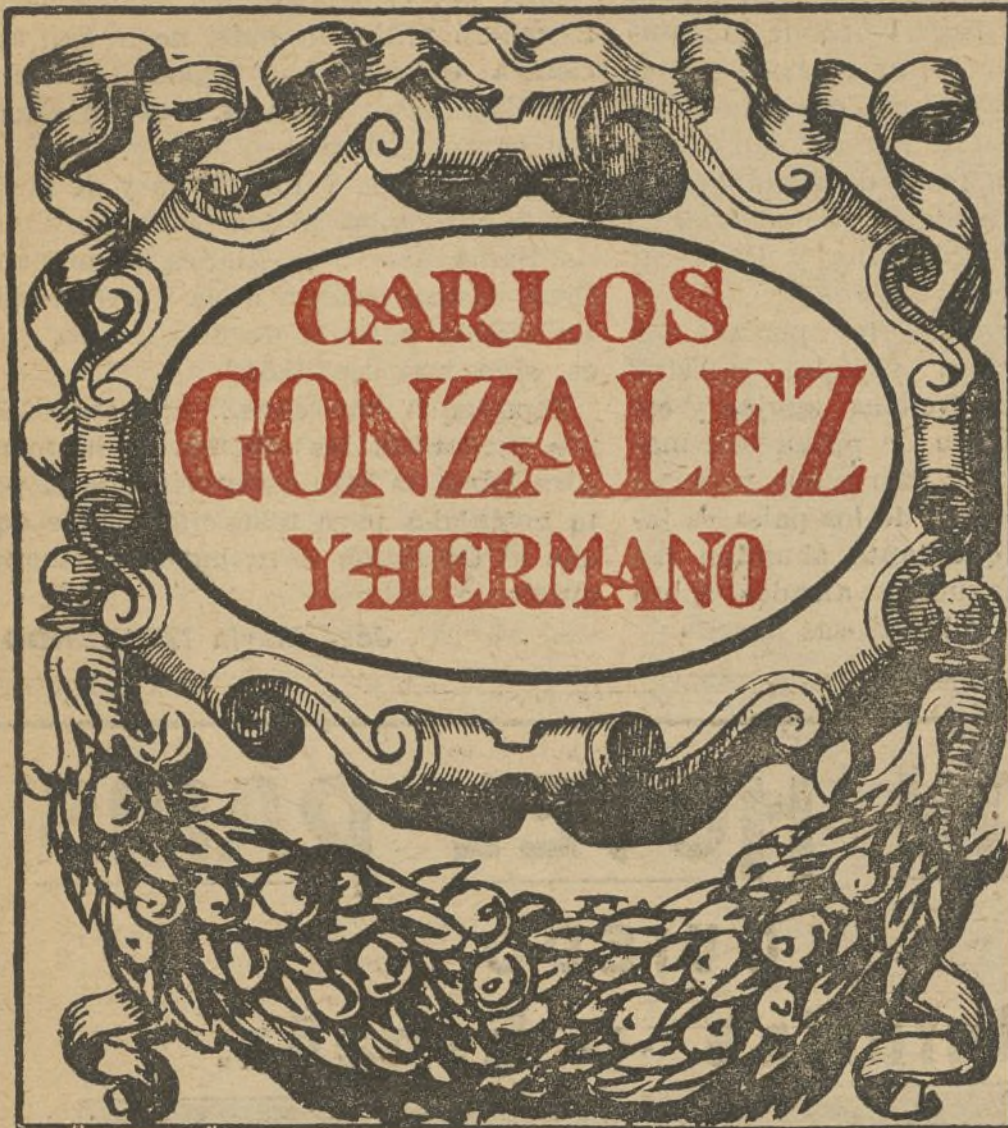
J. SEGURA

FOTÓGRAFO

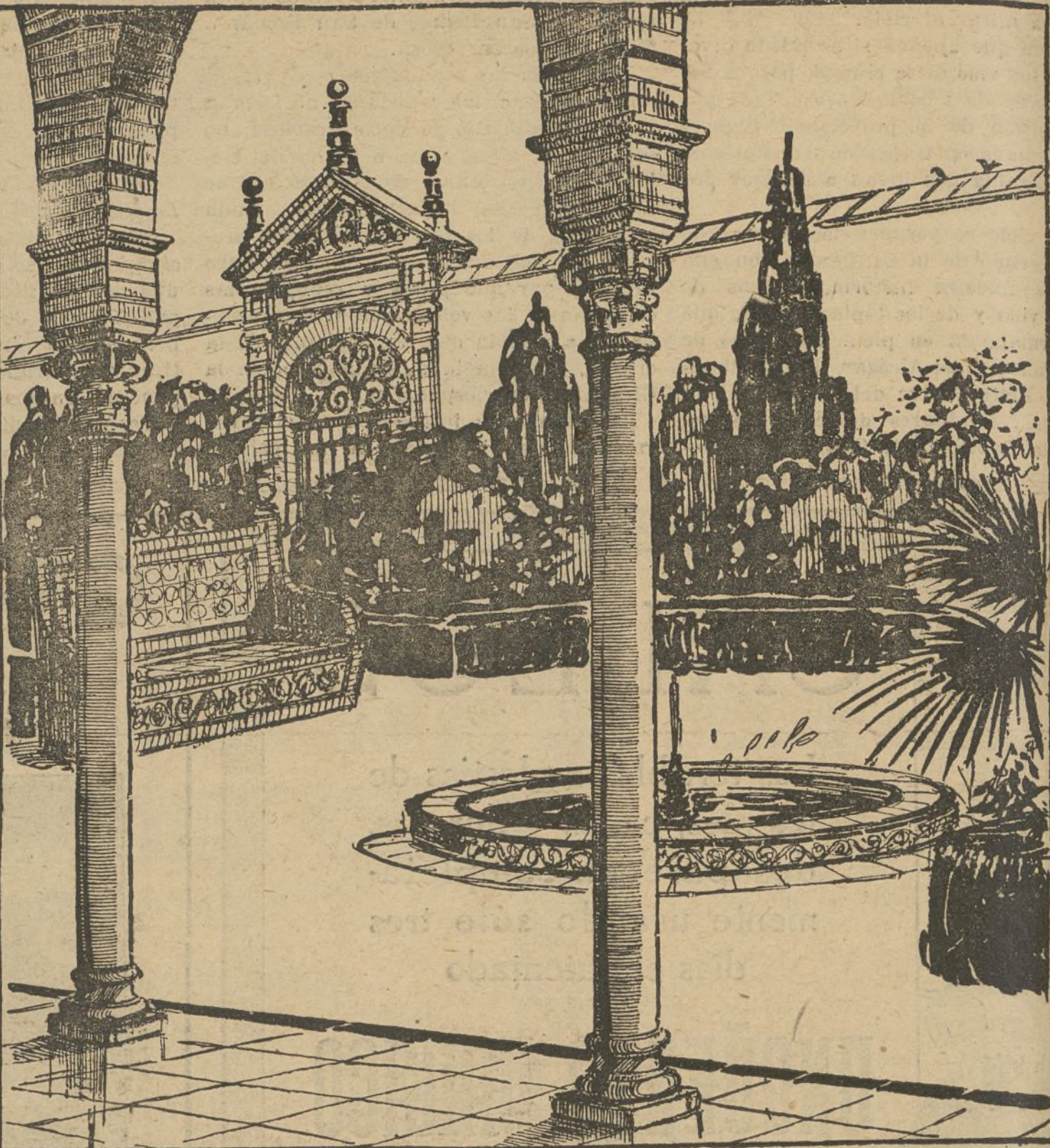
Teléfono M. 4.152.

4, Puerta del Sol, 4.

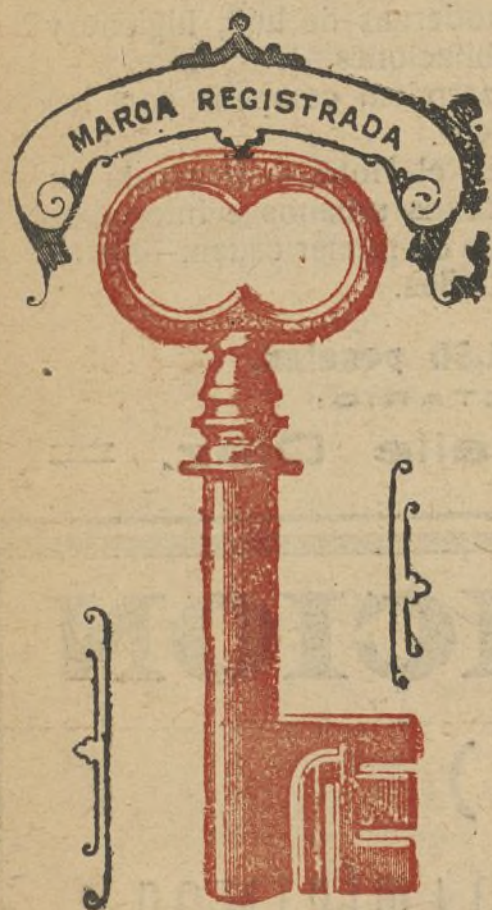
Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.— MADRID



CASAS EN:
SEVILLA (TETUAN 25)
MADRID (GRAN VIA 14)
CORDOBA, HUELVA, MALAGA



ELEMENTOS DECORATIVOS - CERAMICA
SANEAMIENTO - SE FACILITAN CATALOGOS



LA LLAVE

Grandes almacenes de ferretería y quincalla al por mayor y menor

DE

BARAS HERMANOS Y COMPAÑIA

SUCESORES DE
BARAS HERMANOS

Federico de Castro, (antes Cuna), 45, 51, 53 y 55, Sevilla.

Gran surtido en herrajes de construcción y herramientas para artes y oficios.

MAQUINARIA, CORREAS DE TRANSMISION, GRIFERIA

y demás accesorios para máquinas de vapor.

Cuchillería en general, baterías de cocina en aluminio, hierro fundido inoxidable, hierro esmaltado, hierro batido y toda clase de utensilios para menajes de casa y cocina.

Depósito de las escopetas de

DON VÍCTOR SARASQUETA, DE HIBAR

y venta de toda clase de armas de fuego de las marcas más acreditadas.

ARTICULOS SANITARIOS